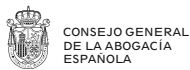


LA PRUEBA

m̄r



Esta obra resultó ganadora del Premio Abogados de Novela 2010, convocado por el Consejo General de la Abogacía Española, la Mutuality de la Abogacía y Ediciones Martínez Roca (Grupo Planeta), y fallado por un jurado compuesto por Julia Navarro, como presidenta, Jesús Sánchez-Adalid, Eduardo Garrigues, Isabel Pisano, José Calabrús, por parte de la Mutuality de la Abogacía, Pedro Yúfera, decano de Barcelona, y Carmen Fernández de Blas como secretaria.

Carmen Gurruchaga

LA PRUEBA

mr · ediciones

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede
ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación
o de fotocopia, sin permiso previo del editor. Todos los derechos reservados.

© 2010, Carmen Gurruchaga

© 2010, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid

www.mrediciones.com

Primera edición: marzo de 2010

ISBN: 978-84-270-3609-3

Depósito legal: M. 8.454-2010

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

«No existe un solo modelo de democracia, o de los derechos humanos, o de la expresión cultural para todo el mundo. Pero para todo el mundo, tiene que haber democracia, derechos humanos y una libre expresión cultural.»

KOFI ANNAN

*A mi padre, que
siempre estará en mi cabeza
y en mi corazón*

PRIMERA PARTE

UNO

Antes de la hora del desayuno, Jimena Beltrán siempre seguía la misma rutina. Primero aporreaba el despertador; luego, cuando comprobaba que era incapaz de volverse a dormir por más que lo intentara, por muchas vueltas que diera tratando de buscar la postura más cómoda para recuperar el sueño que acababa de escapársele, se desperezaba lentamente, estirando despacio cada uno de sus miembros, buscando en las esquinas de la cama ese espacio entre las sábanas que conservaba restos de frío y, finalmente, solo porque no le quedaba más remedio, terminaba por levantarse.

Se encaminaba a la ducha refunfuñando y arrastrando los pies; salía fresca y renovada, pero más enfadada todavía, rumiando improperios contra el mundo, el horario laboral y la necesidad de madrugar, y se maquillaba y vestía mientras terminaba de hacerse el café. Se lo bebía rápido, sin apenas saborearlo, y pocos minutos después ya estaba en la calle. En su boca se mezclaba su sabor con el de la pasta de dientes y, justo antes de salir, volvía a escupir unas cuantas maldiciones más que, invariablemente, morían en cuanto el ascensor llegaba al portal. Antes de empujar con fuerza la pesada puerta de metal inspiraba profun-

damente y, cuando terminaba de abrirla, ya era la Jimena de siempre, la que todos conocían, la que se deshacía en sonrisas con la señora Julia, la portera, y dedicaba un par de bromas subidas de tono a Susana, la propietaria de la tienda que ocupaba la planta baja de su edificio y que a esas horas solía encontrarse fuera, abriendo la reja metálica, limpiando el coqueto escaparate o sacudiendo el felpudo ante su puerta.

A medida que bajaba la calle, estimulada por los saludos y las sonrisas, Jimena comenzaba a animarse, sus tacones se arrancaban a repiquetear cuesta abajo y, movida por la alegría de sus propios pasos, las nubes terminaban por despejarse. Entonces buscaba, casi de manera instintiva a fuerza de repetir una y otra vez la costumbre, su cartera dentro del bolso y, pocos metros antes de toparse con el primer mendigo tirado en la acera, ya llevaba las monedas en las manos. Siempre procuraba hacerse con cambio suficiente antes de terminar el día, eso le evitaba tener que recurrir por las mañanas a los billetes y, también, la primera bronca de la jornada, la que le echaría Roberto en cuanto llegara a la oficina al enterarse de que, de nuevo, se había dejado más de cinco euros en limosnas.

Pero ella no tenía la culpa de ser generosa, ni de que fuera la suya una vía tan concurrida, ni tampoco de que cada vez hubiera más necesitados y pedigüños en Madrid, ni mucho menos de que el límite marcado por sus compañeros fuera tan exiguo.

Definitivamente, no tendría que haberles permitido fijárselo. Ya era mayorcita y responsable y no necesitaba que nadie le impusiera normas ni restricciones. Mucho menos ellos. Qué sabrían esos hijos de la abundancia, con su educación y los desahogos a los que desde niños estaban acostumbrados, lo que era necesitar de la caridad de los demás.

No. No eran quienes para medirla ni controlarla. Ni siquiera el ser la más dormilona, la última en llegar, les daba ese derecho sobre

ella, pensó. Por eso les mentiría, como por otra parte hacía todos los días. Y con una sonrisa triunfal encaró la cuesta de Moyano.

—¿Hoy también te has pasado? —preguntó Merche aferrada a su segunda taza de té.

—Claro —respondió mientras abría la puerta de su despacho.

—Ya verás Roberto —le gritó la secretaria desde su asiento.

Pero había dejado de escucharla. Con el ceño fruncido, aún sin sentarse, sin siquiera quitarse la ligera chaqueta de lino, Jimena consultó las citas marcadas en la agenda abierta sobre la mesa para ese lunes 26 de julio y comprobó en los asuntos pendientes que, un día más, Paloma Blázquez seguía sin llamarla.

No podía ser, debería hacer algo, pero todavía no tenía claro qué, pensó mientras colgaba la prenda en el pequeño armario tras la puerta y echaba un vistazo al jarrón sobre la mesa redonda que solía usar para conversar de un modo más cercano con sus clientes. Le faltaba agua, como siempre. Y suspirando y armada de paciencia se dispuso a rellenarlo una vez más y a repetirle de nuevo a Merche, como todos los días, que era tarea suya encargarse de que a la señora de la limpieza le entrara en la cabeza que todas las tardes, a última hora, tenía que ocuparse de las flores.

«Si no, no durarán nada», se dijo para sus adentros, y ella debía, *necesitaba* ver flores frescas en su despacho.

Era su manía, y en comparación con los gastos y tonterías de los otros, sus flores no suponían un presupuesto excepcional. No quería rosas ni orquídeas. No necesitaba flores caras, pero sí frescas. De la misma manera que a Aitor no podía faltarle la foto de sus hijos sobre la mesa del despacho, a Jorge un par de cigarros y a Roberto la escapadita diaria a la hora de la comida para jugar al squash.

—¿Ya estamos refunfuñando?

Levantó la cabeza. Era Jorge asomando junto al marco de la puerta su hermosa cabeza de príncipe heredero.

—Sí. Las flores, como siempre. Nunca les ponen agua.

—Y tú, como siempre, gruñes por lo mismo. Anda, vamos, llena el jarrón de una vez y déjalo en su sitio, mientras voy llamando el ascensor. —Y sin esperar respuesta dio media vuelta y se encaminó hacia el recibidor sabiendo que ella no tardaría en seguirle.

—¿Y los demás? —le dio tiempo a preguntarle mientras él se alejaba.

—Aitor aún no ha llegado y Roberto está hablando por teléfono; dice que ahora baja.

«Bien —pensó Jimena—, con un poco de suerte, si la llamada le abstrae lo suficiente, se olvidará de preguntarme cuánto me he gastado ya.» Y, contenta, se dispuso a seguir a su compañero y amigo desde hacía tanto tiempo. Y, por fin y como Dios manda, sentada ante la decrepita pero acogedora barra del Sensaciones, a desayunar.

DOS

A Camila no le había sentado nada bien el desayuno, pero peor le había sentado la llamada de su Negro informándole de que hoy tampoco podría comer con ella. «Empieza ya a aburrirse, seguro, y por eso me da esquinazo», se dijo rabiosa. Pero luego se preocupó cuando se dio cuenta de que tenía toda la hora de la comida y la tarde libre por delante y apenas amigas en la ciudad con las que salir.

Todas estaban fuera, huyendo de los calores veraniegos cada vez más intensos de un Madrid asolado por el efecto invernadero. Se habían ido a descansar a sus casas de la sierra o de la playa mientras ella se asaba, mano sobre mano, esperando que su «novio» se dignase hacerle un hueco en su agenda.

Aunque tampoco podría decirse que se tratara de un novio al uso. Más bien era un amante, sonrió saboreando ese pensamiento. Sí, decidió, ese era el término más adecuado, ya que, a fin de cuentas, el suyo era un romance prácticamente secreto; no tanto como oculto porque ninguno de los dos tomaba tantas precauciones semejantes a las que se adoptan cuando se está cometiendo adulterio, pero sí llevado con la discreción suficiente como

para que sus hijos y personas allegadas no pusieran el grito en el cielo. Y es que quién podría pensar que una señora digna como ella, de tan alta cuna y de tan arraigado apellido, se metía en la cama día sí y noche también —no tantas como ella quisiera, eso era cierto, pero sí muchas más de las que cualquier mujer de su edad aspiraba a disfrutar en su rutina habitual—, con un hombre bastante más joven que ella, más próximo a la edad de sus hijos que a la suya.

Por esta relación, solo por ella, se dijo, valía la pena pasar calor y dejarse morir al borde de la piscina a la espera de que él decidiera visitarla. Se había colgado hasta tal punto con este jovencito que hacía caso omiso de las llamadas de las compañeras de bridge que la reclamaban en Sotogrande y que no se cansaban de repetirle por teléfono cuánto la echaban de menos.

Que se fastidien, se dijo, y levantó la mano en un gesto imperativo para indicar al mayordomo que la atendiera. Necesitaba que le acercara el teléfono y otro gin tonic; debía efectuar unas cuantas llamadas para entretener la tarde y hacer fructífera la espera. Primero a la masajista, luego a la peluquería y, finalmente, a ese nuevo ZENtro de masajes asiáticos en el que la última vez le hicieron sentirse en el cielo. Se había marchado con ganas de probar un nuevo tratamiento, ese en el que te embadurnan el cuerpo con chocolate; y también el de la vinoterapia.

«Que tenga su comida de trabajo en paz —se dijo—. Que charle con sus amigos y decidan entre todos el futuro del país, de las finanzas y de un buen puñado de empresas. Que trabaje y charle y coma y se fume su buen par de puros. Que se prepare porque todavía el Negro no sabe que si me he quedado en Madrides para disfrutar de él y no para estar sola. ¡Se va a enterar esta noche!», pensó.

TRES

A José Luis Martínez la comida de trabajo se le estaba haciendo eterna. Primero tuvo que esperar a sus socios, que se retrasaron más de media hora y llegaron, con su cachaza habitual, sin preocuparse por pedir disculpas, y, después, soportar su charla estúpida sobre fútbol, coches de lujo y mantenidas. Ya le estaban tocando las narices. Aquello no era serio. Puede que ellos fueran empresarios forrados de pasta acostumbrados a ese tipo de informalidades, pero él no. Él era un letrado, había estudiado una carrera, sacado el doctorado y hecho algunos posgrados; tenía su propio bufete y, al parecer, un diferente concepto de los compromisos. Pero, sobre todo, mucho respeto al tiempo de los demás.

Los otros, en cambio, en ese momento, solo tenían cabeza para las vacaciones que se aproximaban. Hablaban sin cesar, como dos viejas cotorras, de los yates que uno tenía en propiedad y el otro pensaba alquilar, de la vidorra padre que se pegarían los dos próximos meses y de las escapadas que procurarían hacer para dar esquinazo a sus familias y largarse por ahí con alguna «buena mala chica».

«Dos meses. Qué cabrones», pensó Martínez.

No sabía si sentir envidia o asco. ¿Cuánto tiempo hacía que él no se tomaba dos meses seguidos de descanso?

Ya se veía que lo de sus compañeros de mesa no era el trabajo duro, ya, sino la pura especulación; hacer dinero rápido y de la manera más fácil posible, sin pensar demasiado, ni mucho menos sudar, y luego, eso sí, apurarse a repartir los beneficios. Si en el horizonte aparecía cualquier tipo de riesgo, no dudaban en abandonar el barco.

Si lo pensaba con detenimiento, no sabía por qué estaba con ellos.

Mentira, por supuesto que lo sabía: por el dinero.

Mientras tomaba el puro que el camarero le ofrecía los miró en silencio. Reían y se daban palmadas en los hombros como si acabaran de ganar un partido, pero lo único que jaleaban era la enésima broma de mal gusto que uno de ellos, cualquiera, acababa de contar. No le había escuchado, pero compuso una sonrisa de circunstancias que le sacara del paso. Pronto dejaron de prestarle atención para volver a sus chanzas, al recuento de conquistas y a las exageraciones sobre sus capacidades y proezas jugando al golf o entre las sábanas. Por más que le requirieron algún dato o le tantearon sobre sus conquistas, él se empeñó en callar. Le gustaba saborear los puros en silencio y consideraba de mal gusto hablar de damas en la mesa.

Ellos no tenían problemas, claro, porque hablaban de putas. Aun así, Martínez prefirió no meterse en esa conversación y guardar para sí sus propios recuerdos y secretos, seguro de que, si sus amigos supieran el nombre de su última «novia», divertidos y tal vez incluso escandalizados, no tardarían en pregonararlo a los cuatro vientos.

Una de las cosas que José Luis Martínez más temía era la indiscreción, al menos en lo que atañía a su propia vida, aunque, por descontado, no a la de sus clientes o enemigos. Y hablando

de enemigos, tenía que acordarse de hacer indagaciones sobre los planes y vicisitudes veraniegas de sus empleados, competencia y oponentes. Detestaba no estar informado y, por tanto, prevenido de los movimientos de todos aquellos que, por las buenas o por las malas, le concernían.

Uno de los que más le molestaban era la persona a la que él llamaba «el abogaducho», uno de los cuatro socios de Beltrán, Castro, Daroca y Martín. No era peligroso en absoluto, pero le tenía una tirria especial. No podía soportar sus aires de superioridad moral; esa actitud suya de chico de clase alta con educación liberal le reventaba. Y lo peor es que sus compañeros de despacho eran igual que él, unos metomentodo que siempre terminaban metiéndose donde no debían. Se merecían llevarse un día un buen palo en las narices, y ojalá pudiera propinárselo él.

Se le pasó por la cabeza tomar nota en su agenda electrónica de estos pensamientos, porque estaba seguro de que con tantos asuntos, procesos y negocios como tenía en mente terminarían por olvidársele. Finalmente desistió de hacerlo; sabía que los cabezas de chorlito de sus socios lo considerarían de mal gusto.

Así las cosas, se limitó a suspirar, arrellanarse en el asiento de diseño y disfrutar, escondido tras la pálida nube de humo procedente del puro, del recuerdo de su último encuentro con Camila.

«Qué bomba de mujer. Y qué fogosa.» Volvió a suspirar. «Es un poco pesada, es cierto, pero ya se sabe que la perfección absoluta, y más en una mujer, es difícil de alcanzar», pensó.

Entrecerró los ojos llevado por una cierta modorra y sus sucesivos pensamientos. Antes de dejarse ir por completo, acunado por ellos, echó un último vistazo a la esfera de su reloj. Por tercera vez suspiró: quedaba todavía mucha sobremesa. Y mientras sus socios brindaban y reían, hizo acopio de toda su paciencia.

CUATRO

Cuando Aitor Castro entró en el Sensaciones sus compañeros ya habían terminado los cafés. Le dio rabia, se había perdido la sobremesa, por lo general el momento más productivo del día aunque transcurriera fuera del bufete. No sabía por qué, pero hablar en la mesa de una cafetería seguía siendo mucho más fácil y fructífero para ellos que cualquier reunión programada en la enorme sala de juntas de la oficina. A menudo había reflexionado sobre esta particularidad con Roberto, Jorge y Jimena, y la única conclusión que había sacado en limpio, sugerida entre risas por Roberto, el más analítico e irónico de todos ellos, aludía a una peregrina teoría. Aseveraba que el hecho de que fueran más capaces de pensar delante de cuatro tazas de café que en su propio bufete, apoyados por sus libros y sus títulos de licenciados, se debía a los cientos de horas perdidas en el bar de la facultad jugando al mus o cualquier otro juego de cartas.

—Vaya horas de llegar —le abroncó Jorge.

—Lo siento, me lié con compras de última hora. Programar un viaje de este tipo no resulta tan sencillo como creí al principio —se excusó.

—Más que «viaje», deberías llamarlo «expedición» —sugirió Roberto, tan serio como siempre pero con esa socarronería que solo los que hacía años que le conocían eran capaces de percibir bajo sus observaciones aparentemente inocentes e incluso banales.

—O «el viaje de tu vida» —completó la burla Jorge.

—Sí, ya, «la gesta de un hombre solo en pos de su individualidad» —declamó Aitor impostando la voz, como si fuera uno de esos locutores que anuncian gestas televisadas en una cadena de documentales—. «Un urbanita y el océano, un enamorado del mar frente a una de las cordilleras marinas más espectaculares del mundo, un buzo solitario frente a los peligros y la adversidad, un...»

—... Un jeta que nos carga con su trabajo —interrumpió Jimena.

Aitor detuvo su perorata y la miró; no mucho tiempo, no tan fija ni tan fieramente como si el exabrupto hubiera partido de cualquier otro de sus compañeros, pero lo hizo. Como ella no bajó los ojos, como mantuvo su mirada y, pese a darle la oportunidad, no manifestó propósito alguno de ir a realizar ningún intento por disculparse, saltó al fin, tras dudarle un instante:

—¿Y a ti qué te pasa?

—Hoy tampoco la ha llamado Paloma Blázquez —explicó Jorge, disculpándola.

—Pero yo no tengo la culpa —se defendió dolido, y, como sintiendo la necesidad de justificarse una vez más ante ellos, de nuevo comenzó con la retahíla que ya había repetido al menos cinco o seis veces en el último mes—. Todos sabéis que hace al menos tres años que no me cojo más de cinco días seguidos de vacaciones, y aunque sé que el bufete está ahora bastante cargado de trabajo y que dejo un par de asuntos pendientes que no tendré tiempo de dejar resueltos...

—Vale, déjalo —cortó Roberto—. En primer lugar, no vuelvas a disculparte por tomarte unos días que te mereces y que te corresponden. En segundo, ya te hemos dicho más de mil veces que los tres o cuatro casos pendientes de citación no son una carga para ninguno de los tres. Ya tenemos el calendario cerrado con los días en que presumiblemente saldrán tus sentencias y también están anotadas las fechas en que vence la presentación de tus recursos, así que relájate.

—No te lo tomes tan a pecho —prosiguió Jorge—. De verdad que no pasa nada. Si a veces te hacemos algún comentario picajoso, es porque nos morimos de envidia. Yo, desde luego, porque por ser un prisillas y tomarme mis vacaciones en primavera, ya ni me acuerdo ahora de ellas. Y estos dos —dijo señalando a Roberto y Jimena—, porque les amarga pensar que las tuyas no van a llegar hasta septiembre.

Pero Aitor seguía sin parecer convencido. Oía a sus amigos y asentía, pero no podía dejar de mirar a Jimena. Esta, ausente, con la vista ahora baja, fija en su taza, revolvía con parsimonia el poco café frío que le quedaba y, consciente del peso de sus ojos sobre ella, se empeñaba en callar. Roberto y Jorge, entre tanto, puede que para disimular el espesor de su silencio encocado, se empeñaban en parlotear y acosar a Aitor con preguntas técnicas sobre el itinerario, el equipo y mil y un detalles relativos a su viaje.

Lo cierto es que llevaba meses preparando con especial meticulosidad y cuidado todos los aspectos de su «expedición», no en vano hacía más de diez años que soñaba con realizarla. Ahora faltaban apenas cinco días para iniciarla y se sentía emocionado como un niño con zapatos nuevos, pero no por ello descuidado. Se había ocupado de las reservas de combustible, había hecho acopio de alimento y bebida suficiente para no tener que pisar puerto en un tiempo considerable y, en un alarde de previsión,

había comprobado hasta la saciedad, en al menos tres páginas web especializadas, la previsión meteorológica.

Su destino eran las montañas marinas Gorringe, situadas al sur de Portugal, que recibieron ese nombre tras haber sido descubiertas por un buque de exploración estadounidense comandado por el capitán Henry Honeychurch Gorringe. Desde su adolescencia, cuando comenzó a aficionarse al buceo, fantaseaba con conocer la mayor cordillera marina del mundo, la Dorsal Atlántica, que se extiende desde Islandia hasta la Antártida en un recorrido de más de veinte mil kilómetros de fondo marino. Pero para tamaña gesta hacía falta disponer de mucho más tiempo, por lo que ese mes de agosto, rebasada la treintena, decidió «conformarse» con Gorringe, uno de los patrimonios montañosos europeos más importantes, ubicado frente a la península Ibérica y entre los archipiélagos de Azores, Madeira y Canarias.

Estaba tan fascinado por la idea de bucear por una de las cordilleras más antiguas del océano, originada probablemente durante la creación del Atlántico, que se extendió largamente explicando a sus dos colegas los cambios y ajustes realizados en las últimas semanas al *Nekane*, su barco. Era un velero Taylor 49 de escasos cinco metros de eslora que había comprado de segunda mano, inmediatamente después de su divorcio. Le hubiera gustado otro algo más grande, pero justo por esas fechas sus ahorros no daban para más.

—Cuando lo compré el casco se encontraba en muy buen estado, la tapicería interior estaba renovada y el toldo también era nuevo, pero aun así he tenido que darle algunos repasos. El motor fueraborda y la bomba de achique los compré nuevos en su día, pero por si acaso le he añadido un motor de repuesto, para evitar sustos.

—Haces bien —Jorge se las daba de entendido—, toda seguridad es poca.

—Quédate tranquilo, he comprobado hasta la saciedad el chaleco, las bengalas y el remo, la bocina de niebla...

—Y, sin embargo —dejó caer inesperadamente Jimena—, se te olvida lo más importante: la compañía.

Jorge y Roberto quisieron fulminarla con sus miradas, pero ella, terca y obcecada en la contemplación de su taza ya vacía, no se dio por aludida.

Aitor, en cambio, sonrió satisfecho. Al fin comprendía el motivo de su enfado. Y le agradaba esa preocupación.

—Yo no tengo la culpa de que nadie quiera acompañarme —dijo al fin con un encogimiento de hombros—. No voy a renunciar a mi sueño por esa nimiedad.

—Qué propio de ti.

—Lo tengo todo controlado y te prometo no hacer tonterías. No olvides que soy un padre de familia.

—Tendrás a tu madre contenta. —Jimena seguía sin ceder.

—Desde esta mañana sí.

—¿Y eso? —intervino Jorge, más para romper el hielo y mediar en aquel duelo dialéctico que por verdadero interés por más que Lola, con la que se había citado esa misma tarde, no dejara de parecerle una mujer fascinante.

—Al fin ha llegado el Breitling Emergency, un elemento más del equipo que a ella le tranquiliza. Ha costado casi tanto como la Taylor 49, y eso que es uno de los modelos más baratos, con caja de titanio y brazalete de caucho.

—Aaah, pues ya me quedo más tranquilo —asintió con un énfasis exagerado Roberto—. Sobre todo porque no sé qué es.

—Un reloj, idiota —aclaró Jorge.

—Sí, y todo un coñazo, es grande y pesado y cabecea mucho en la muñeca, pero tiene una tapa roscada en cuyo interior se halla una antena extensible que lo hace único: es un instrumento de una precisión asombrosa y lleva equipado una radio-baliza que

emite en la frecuencia de emergencia de VHF. Muchas personas han salvado la vida gracias a él. Lo utilizan pilotos o marinos que corren el riesgo de sufrir cualquier tipo de percance en zonas en las que otros sistemas de comunicación no garanticen fiablemente su localización a los equipos de rescate. A mí me parecía un dispendio, pero mi madre me hizo chantaje: o me hacía con uno de cara al viaje, o no aceptaba quedarse con los niños.

—¿Cómo supo tu madre que existe ese cachivache? —preguntó Roberto.

—Porque hablé con todos los periodistas que conoce especializados en deportes de riesgo, con los que cubren el París-Dakar, con un primo suyo de San Sebastián que dio la vuelta al mundo en un barco de vela... Ya sabéis cómo es ella.

—Bien por Lola —murmuró Roberto.

—Creí que Nekane y Jon se quedaban con Maika —gruñó de nuevo Jimena. Intentaba fingir indiferencia, pero todos advirtieron ese modo especial de arrastrar las letras al pronunciar el nombre de la ex mujer de Aitor. Hacía casi una década que no se soportaban.

—¿Deliras? —Aitor enarcó una ceja.

A pesar de que tenían la custodia compartida de sus dos hijos, Maika no era precisamente una madre entregada, y todos lo sabían. Ella lo achacaba a que se había casado demasiado joven, casi una niña, y no quería asumir que los días de minifaldas exageradas, discotecas y barras de labios nacaradas habían terminado para ella o estaban a punto de hacerlo. Ninguno de los tres la soportaba, por lo que su análisis sobre Maika era lo menos objetivo que existe. No utilizaban el mismo rasero para medir a su amigo que a su ex. En su opinión, era una madre, no una chiquilla por más que se empeñara en parecerlo y, en más ocasiones de las deseables, se comportara como tal. Quería a los niños, es más, los adoraba, de eso no cabía ninguna duda, pero agradecía

como agua de mayo que Aitor y Lola se ocuparan tanto de ellos. Así podía salir con sus amigas, todas solteras o divorciadas, como ella, en busca de un príncipe azul definitivo, con mucha pasta y pocas pegas, que cumpliera todas sus expectativas, la tratara como a una reina y la sacara noche y día a pasear.

—Creo que tiene reserva hecha desde hace meses en un hotel de Cancún —siguió explicándoles Aitor—. Va con toda su pandilla.

—Turistas: temblad —comentó Roberto.

—No saben la que se les viene encima —corroboró Jimena.

CINCO

Jorge, con su esmero habitual, terminó de cepillarse los dientes en el baño anexo a su despacho. Siempre acostumbraba a ser muy cuidadoso con su higiene personal, incluso hasta extremos que Jimena calificaba de atildados. Pero hoy él mismo no podía dejar de reconocerle a su imagen en el espejo que se estaba excediendo. No sabía por qué, pero la visita de Lola, que llegaría en apenas cinco minutos, como siempre sin demoras, le ponía extrañamente nervioso.

Lola Zelaya era la madre de Aitor y este era, posiblemente y junto con Roberto, su mejor amigo. La visita se debía a una consulta profesional; ella era una conocida periodista que estaba ultimando un artículo sobre los Centros de Internamiento para Extranjeros, más conocidos como los CIE, y él era un abogado especializado en migraciones que amablemente se había prestado a asesorarla. Nada raro, nada fuera de lugar. Y, sin embargo, ahí seguía ese cosquilleo, la preocupación por comprobar que todo estaba bien: los gemelos perfectamente colocados en los puños de su camisa, ni una mota de polvo en la chaqueta, la bandeja con la jarra y los vasos de cristal impolutos, la mesa razonablemente

ordenada y, sobre todo, su pelo domado y su sonrisa, que de nuevo ensayaba ante el espejo, tan inmaculada y correcta como siempre. Antes de sentarse ante su escritorio, sopesó la idea de echarse un poco más de colonia. Arrugó el ceño. No; ella, tan perspicaz, lo notaría.

Tampoco era necesario resultar tan evidente, llegar a una situación incómoda. Hacer el ridículo.

Eso jamás, se advirtió. Lola era la madre de su amigo. Guapa, elegante, mayor, con clase, ideal... Un sueño de mujer veinte años mayor, pero, sobre todo, volvió a reiterar haciendo hincapié en lo más importante, era la madre de su mejor amigo.

Impecable y concentrado en ese pensamiento que, como un mantra, no dejaba de repetirse por dentro, se acomodó al fin ante su ordenador. Despistado, sin saber cómo, terminó abriendo la carpeta de imágenes en la que guardaba las fotos sentimentales, las personales. No las relacionadas de algún modo con sus casos, sino aquellas que solían enviarse él y sus compañeros, recuerdos encontrados en los viejos álbumes familiares y que ahora escaneaban para poder compartir; instantáneas tomadas en cenas comunes, fiestas de trabajo, comidas o celebraciones en las que Jimena, Aitor, Roberto y él aparecían con copas en las manos, con gorros de Papá Noel o sonrisas triunfales después de haber ganado algún juicio especialmente peliagudo. Se entretuvo abriéndolas y observándolas, primero al azar, haciendo clic en los iconos que iban apareciendo en la lista de archivos por orden alfabético. Al rato y ya de manera deliberada, aunque no quería reconocerlo, buscando archivos concretos: los más antiguos, los que contenían fotos en blanco y negro tomadas durante los momentos comunes de su infancia. Imágenes de grupos de padres e hijos de excursión; chavales pecosos en bañador mostrando orgullosos haces de algas recién cogidas de la orilla a la cámara; un padre, Thomas, el suyo, sonriendo orgulloso ante una humeante

barbacoa; varias madres alegres sentadas en la hierba, ante ellas un mantel a cuadros y, en el centro de este, una enorme paella. Ahí estaban Gemma, la madre de Roberto; Marina, la suya; y Lola. Quedó absorto contemplándolas. Eran jóvenes, y hermosas. Estaban llenas de vida.

Sintió que los ojos comenzaban a llenársele de lágrimas, incapaces de desprenderse de la sonrisa detenida de su madre, congelada para siempre en el tiempo eterno del recuerdo. Para romper el hechizo, para conjurarlo, siguió clicando en el ratón haciendo pasar más fotografías. Dos o tres instantáneas después, se topó con una foto de grupo de los adultos. Los tres matrimonios, enlazados como correspondía, cada marido con su esposa, hacían gala de una felicidad veraniega y despreocupada que pronto se demostraría efímera. Qué poco sabían en aquel momento, hace tal vez quince o veinte años, que de los seis integrantes de la pandilla dos de ellos morirían en breve: Jon, el padre de Aitor, a quien su amigo se parecía tanto, a causa de un inesperado accidente de tráfico, y Marina, mucho más despacio, devorada poco a poco por un cáncer traidor que se la llevó suave pero inexorablemente y los dejó destrozados. No quería pensar en eso, pasó rápido cuatro, cinco imágenes más, todas del mismo verano, hasta dar con la que desde el principio buscaba, la de las tres madres tomando el sol en la playa: Gemma, rellenita pero atractiva, Marina, con un pañuelo que protegía su pelo del salitre, tan semejante a los que después estaría obligada a llevar para cubrir su calvicie provocada por la quimioterapia, y Lola. Lola. De largas piernas y rostro serio. Esbelta y sencilla, mirando a los ojos de la cámara, atravesando el objetivo con la fuerza de su mirada.

Cerró de un golpe la carpeta, sintió una vergüenza repentina y como un niño pillado en falta, apagó de un manotazo la pantalla. Giró su silla, miró por la ventana y comenzó a meditar. ¿Sería posible que hubiera algo de edípico en su atracción por Lola,

en ese amor platónico que arrastraba desde la adolescencia y no se curaba por más años que cumpliera?

«No —se respondió a sí mismo—. Es solo que me gustan las mujeres mayores y ella está estupenda.» Además era algo que iba más allá de lo físico: la admiraba, la respetaba, le enternecía esa lucha suya por sacar sola a sus dos hijos adelante, por bregar con un trabajo agotador y seguir siendo una estupenda madre.

Por otra parte, no debía darle tantas vueltas al tema: nunca iban a llegar a nada. Es más, ella nunca debía notarlo.

No era ningún secreto para nadie relativamente cercano a él su interés por las mujeres maduras. Le atraían por su dominio de sí mismas, porque había un cierto tipo de ellas valientes y decididas, conscientes de su valía y su individualidad, que se mostraban ante los hombres relajadas y seguras. Y tal vez era así porque se conocían lo suficiente, con sus puntos débiles y fuertes, y ya no tenían nada que demostrar. En ellas no había ni un ápice de esa ansiedad que detectaba en las veinteañeras obcecadas en aclarar que eran maduras cuando en el fondo seguían siendo tan niñas. Una ansiedad que percibía incluso todavía en las treintañeras, acuciadas por una cierta urgencia, empeñadas en una lucha por medrar y asentarse tanto en lo amoroso como en lo laboral.

Pero lo de Lola era diferente: no es que estuviera en los cuarenta, como gran parte de sus novias y conquistas recientes, es que estaba firmemente asentada en la cincuentena, y esa era demasiada diferencia incluso para él.

Dejando aparte, claro, el hecho de que existiera Aitor, lo que ya de por sí convertía el sueño en imposible y defenestraba cualquier descabellado plan.

Un sonido interrumpió sus pensamientos; era Merche llamándole por el interfono, Lola ya estaba allí. Sonrió al consultar de un

rápido vistazo la esfera de su reloj y comprobar que, en efecto, eran las cinco en punto, tal y como habían quedado. Esos eran los detalles que le gustaban de ella: la puntualidad, la generosidad y el respeto para con los demás que implicaba no hacerles perder el tiempo y, también, la profesionalidad. Se levantó para acercarse a la puerta del despacho a recibirla, pero llegó tarde. La madre de su amigo ya estaba abriéndola con su energía habitual. Se besaron en las mejillas, él con un cierto nerviosismo que anquilosaba sus gestos, deteniéndose a comprobar que apenas había diferencia entre la joven mujer que acababa de admirar hace un instante en la pantalla de su ordenador y la real, tan alta y delgada. Seguía con su ondulado cabello castaño entreverado de reflejos dorados, los ojos azules perspicaces, atentos; la boca amplia y firme y las manos grandes y huesudas, tan cuidadas como eficaces; manos seguras de madre, de amante, de mujer trabajadora. Lola, por su parte, besó a Jorge con la familiaridad y confianza de siempre, con ese tipo de afecto teñido de condescendencia con que los adultos que trataron a alguien cuando era niño siguen usando de forma imperceptible pero habitual, como si no terminaran de creerse que el mocoso pudiera haber crecido hasta convertirse en un abogado de prestigio, sin ir más lejos.

—Hola. No sabes cuánto te agradezco que hayas podido atenderme, sé que estás muy liado... —comenzó a decir.

—No digas tonterías —le cortó él, indicándole a un tiempo que tomara asiento—. Para ti tengo un hueco siempre. Dime, ¿qué te apetece? ¿Té, café?

—Con un poco de agua fresca está bien, gracias. De verdad que no quiero entretenerme demasiado, pero he decidido escribir el artículo del próximo lunes sobre los CIE y creo que no conozco a nadie más adecuado que tú para echarme una mano y explicarme con detalle para qué sirven y cómo funcionan esos centros.

—Por supuesto —sonrió Jorge al tiempo que llenaba un vaso con el agua casi helada de la jarra y se lo ofrecía—. Los CIE son nuestros pequeños «guantánamos». Se trata de lugares cuya existencia gravita en torno a un limbo jurídico, pues no se sabe a ciencia cierta qué ocurre en su interior. Las personas detenidas por su situación irregular permanecen internadas en ellos hasta su expulsión del país. Su delito es no tener papeles, una falta administrativa equivalente al impago de una multa de tráfico que, sin embargo, les supone el encarcelamiento. Son cárceles sin delincuentes, y la paradoja es que se les castiga con instrumentos procedentes del Derecho Penal cuando de lo único de que se les puede acusar es de cometer faltas tales como no haber renovado en plazo su autorización de trabajo y residencia, por ejemplo.

—¿En qué estatus funcionan?

—¿Te refieres a si están instalados solo en España? No, existen en toda Europa, y lo peor es que se sabe que desde hace años se producen en ellos violaciones sistemáticas de los derechos humanos como palizas, humillaciones, falta de atención médica, abortos provocados por las malas condiciones, insalubridad, hacinamiento, carencia de tutela judicial efectiva... Pero como los CIE no tienen un régimen interno desarrollado legalmente ni cuentan con protección judicial alguna más allá del auto que dicta el internamiento, solo la policía y los internos pueden acceder a su interior. Para que te hagas una idea: el régimen de visitas es muy estricto, solo conceden cinco minutos bajo la presencia física de un policía, lo que viola la más mínima intimidad del interno y su familia.

—No puedo entender cómo es posible que todo eso haya permanecido silenciado —se exasperó Lola levantando la vista de su libreta de notas.

—Por una conjunción de intereses. Que la información no haya trascendido a los medios mayoritarios no significa que no

se haya denunciado. Lo hemos hecho, pero la denuncia ha sido sistemáticamente silenciada y si ha empezado a moverse ahora, hasta el punto, sin ir más lejos, de despertar tu interés, ha sido gracias a los foros de Internet que se preocupan por difundir, por ejemplo, que en Málaga se llegó a descubrir una red de esclavitud sexual, cuyos verdugos eran los policías del centro allí establecido. Nunca se les condenó porque víctimas y testigos fueron expulsados del país antes de que pudieran declarar ante el juez. —Después de esa parrafada, mientras tomaba aire de nuevo, Jorge dudó de si toda esa información le estaría resultando de utilidad a Lola. En realidad, no sabía si era esto lo que ella estaba buscando—. No sé si te ha quedado claro. Si hay algo más que pueda explicarte...

—Sí. Me gustaría saber más de algo llamado «la Directiva de la Vergüenza». Si no me equivoco, tiene relación con el tema.

—En efecto. —Una vez más, admiró su profesionalidad; Lola había hecho una excelente labor de documentación previa—. Es una directiva europea que se encuentra en trámite para su aprobación y pretende prolongar la detención en los CIE hasta los dieciocho meses. ¿Algo más?

—Si no es abusar de tu confianza, ¿llevas ahora mismo algún caso relacionado con los CIE?

—No uno, sino varios, pero si lo dices porque te interesa conocer el testimonio de primera mano de alguien que haya sido internado en uno de ellos, puedo concertarte una cita con Jonathan Jones, el abogado africano que me ayuda en estos asuntos. Él estuvo interno en el CIE de Aluche.

—Creo que no será necesario, pero te lo agradezco. No tenía ni idea de que Jonathan hubiera pasado por una experiencia así. —Mientras, entrecerrando los ojos, recordó al hombre amable y sonriente que conoció en una de las cenas organizadas por Aitor—. Eso me hace admirarle todavía más.

Y dicho esto se levantó, le sonrió efusiva y contenta y, tras besarle fugazmente en ambas mejillas y alzar su mano osada para revolverle el flequillo, como hacía cuando era un niño, se despidió alegando no sé qué de los niños y la necesidad de recogerlos en no sé qué piscina. Se marchó tan rápido como había venido.

Jorge se quedó unos segundos parado en mitad de su propio despacho, sorprendido, despeinado y algo confuso respecto a la fugaz visita de Lola. Se sentía admirado por su capacidad de análisis y su inteligencia, manifestada en las rápidas y certeras preguntas que le había planteado, pero esa despedida precipitada le había dejado noqueado. No sabía por qué, tenía la sensación de haber sido utilizado.

Seguro que si se lo contaba a Jimena esta se reiría como siempre terminaba haciendo. Resolvió quedarse en su despacho para no molestarla y, de paso, evitarse el sonrojo. Jimena estaba de especial mal humor estos días, quizá por la falta de noticias de Paloma Blázquez, y estaba seguro de que si ahora iba a verla, terminaría reprochándole su actitud borde e injusta con Aitor durante la sobremesa. Como ella no era de las que se callaban, contraatacaría acusándole de defender siempre, antes que a ella, a Roberto y Aitor, a los hombres, a sus amigos, y al final acabarían discutiendo. Francamente, no le apetecía.

Además, pensó encogiendo los hombros, no era la primera vez que le invadía ese sentimiento. En más de una ocasión, tras un encuentro amoroso con alguna de sus amistades maduras, le había parecido que le trataban como un hombre objeto.